

uestros enemigos destruidos. Y como su confesor le exhortara á perdonar á sus enemigos, le contestó: *Jamás tuve otros enemigos que los del Estado.* María de Médicis le había precedido pocos días al sepulcro.

Richelieu fué el hombre más insigne de su tiempo si se miden sus actos, no por su moralidad, sino por su objeto. Ofrece el verdadero modelo de un ministro, si conviene á este puesto un juicio excelente, un espíritu desenvuelto, aptitud para concebir grandes cosas y perseverancia para ejecutarlas, sin debilidad de corazón, sin escrúpulo de virtud, sin miramientos á la moral ni á la opinion. Escribía en su testamento: «Prometí al rey emplear toda mi industria, y la autoridad que le pluguiera atribuirme, en extirpar al partido hugonote, en abatir el orgullo de los grandes, en reducir á todos los súbditos al cumplimiento de su deber y en levantar su nombre entre los extranjeros hasta el punto que le conviene.» Tan exacta idea tenía de la obra que había comenzado. Tuvo en medio de aquella multitud de grandes que había humillado, y en todos los protestantes, terribles enemigos. Así los castigos ejercidos en virtud de la estricta legalidad y de la necesidad en que se hallaba de reprimir á los nobles turbulentos y á los hugonotes rebeldes, parecieron resultado de venganzas personales.

Es muy difícil discernir lo verdadero de lo falso en esa multitud de anécdotas de que han sido objeto sus amores. Haciendo entrar la política hasta en la galantería, procuró hacerse agradable á los ojos de la reina Ana de Austria, y llegó á dominarla, por cuyo medio consiguió tenerla apartada siempre del lado del rey.

Distribuyó en su testamento con una gran generosidad sus riquezas; legando al rey el Palacio Cardenal, que, bajo el nombre de Palacio Real, debía llegar á ser posteriormente centro del lujo, de las intrigas y de la corrupcion. Escribía con facilidad, inventaba asuntos para los poetas cómicos, y se le atribuye la historia de Mazerai. Hizo también la tragedia de Mirame, representada delante del rey y de la reina con máquinas por las cuales se figuraba la salida del sol y de la luna, y aparecer á lo lejos el mar cubierto de bajeles. Dejó además obras de teología, así como sus memorias y su testamento político, manual de las trapisondas de

gabinete. Protegió las letras, ó, por mejor decir, á ciertos escritores que, celebrando sus alabanzas, debían hacer ilusión á la posteridad porque más de un hombre experimenta al envejecer la necesidad de respirar los perfumes de la gloria. Muchas gentes de letras se reunían en casa de Valentin Conrart, calvinista, que no tenía de sabio más que la pretension de pasar por tal, y en cuya casa platicaban puntos de política y de literatura. El espíritu receloso de Richelieu concibió la idea de tomar esta reunion bajo su patrocinio, es decir, de colocarla bajo la dependencia del gobierno. Aunque la proposicion sedujo poco á las gentes que conocían su objeto, no osó nadie resistirse; así se creó la Academia, que redujo también á las letras á sufrir, como todo lo demás, la disciplina monárquica.

Los miembros de la Academia fueron en número de cuarenta, y para mantenerla mejor bajo su dependencia, Richelieu dió allí entrada á los grandes dignatarios. La lengua fué la principal ocupacion de esta asamblea, y ella fué la que publicó el mejor diccionario. Más de una vez sirvió á las pasiones del ministro, y muchos de sus miembros sostuvieron en sus escritos los principios despóticos que seguía. Gabriel Naudé publicó entonces sus golpes de Estado, donde justifica, al estilo de Maquiavelo, las iniquidades provechosas, y demuestra que el fin santifica los medios. Balzac sostiene en el libro del Príncipe que el rey puede todo lo que quiere, y que le es gustoso prender á un ciudadano por una simple sospecha, en contradiccion de lo que predicán los jesuitas desde el púlpito.

También hubiera querido Richelieu poner á la Iglesia bajo la dependencia de la monarquía. No economizó escritos ni manejos para abatir la supremacía pontificia, y para atraer los nombramientos al gobierno, y de seguro no dependió de su voluntad que Francia dejase de ser cismática, según veremos más adelante.

Lo que hemos dicho de Richelieu nos dispensará de hablar de Luis XIII, quien murió poco después de su ministro á la edad de cuarenta y dos años. Sombrío y melancólico, este príncipe no disfrutaba los placeres de la grandeza, ni las delicias de la vida privada. Abandonando sin pesadumbre á sus enemigos y á

sus queridas, tenía necesidad de ser dominado, y sin embargo, no sabía resignarse á la dominacion. A pesar de tantas intrigas y del desvío que experimentaba hacia su ministro, no podía pasarse sin él, porque cubría su nulidad, y supo mantener á la Francia grande y temible en medio de sus numerosos enemigos.

En medio de una corte depravada, la devocion templó en Luis XIII su aficion al bello sexo. Necesitaba de una favorita que se ocupara especialmente de su persona, como de un ministro para tratar los negocios en su lugar. Así, mademoiselle de Hautefort, ligera é indiscreta, no pudo mantenerse en favor, mientras que mademoiselle de la Fayette, amable y virtuosa, conservó sobre él grande imperio. Jamás amó á Ana de Austria, hasta tal punto, que se creyó estéril su tálamo por largo tiempo. Pero al fin, cuando se anunció la preñez de la reina se multiplicaron las predicciones. Entre otros, un pastor anunció que Santa Ana se le había aparecido, anunciándole que la reina pariría el sábado 4 de Setiembre. Con efecto, este día sintió los dolores del parto; pero no salió de ellos hasta el 6, rodeada de reliquias y ceñida con una banda de la Virgen. Así nació Luis XIV, endeble vástago de los Borbones, si bien estaba destinado á levantar el edificio, cuyo asiento había indicado Enrique IV, y que se había ocupado en limpiar y preparar Richelieu sin descanso.

CAPITULO II.

Regencia, Mazarino, la Fronda 1643—1661.

Luis XIII había señalado en su testamento los miembros de un consejo de regencia, que debía ser presidido por el príncipe de Condé. Pero Ana de Austria, que hubo de olvidar entonces cuán jóven era y hermosa y amable para dirigirse con prudencia y asegurar el poder, aduló hábilmente las esperanzas rivales del príncipe de Condé y del duque de Orleans. Finjió intencion de arreglarse en todo al dictámen del parlamento, que Richelieu había comprimido fuertemente, y que contento con hacer alarde de la autoridad que había recuperado, anuló el testamento del difunto monarca, se tituló tutor del rey niño, y confió la regencia á la reina. Abrierónse las puertas de par en par, y

vióse aparecer á Ana, teniendo de la mano al rey niño, é inclinándose delante de ella una porcion de gentiles-hombres para rendirle homenaje.

Julio Mazarino, nacido en Pescina en los Abruzos, de una noble familia siciliana, había estudiado en Roma con los jesuitas, y hecho después la guerra en la Valtelina en calidad de capitán al servicio del papa; no ménos valeroso en arrostrar la espada de un contrario en desafío, que las balas del enemigo en la refriega. Pero no tardó en acreditar una aptitud especial para las negociaciones, y desde la edad de treinta años, se confiaban á su habilidad los intereses de los príncipes.

Uniósele Richelieu para arreglar los asuntos de Francia en Italia, y Mazarino concluyó allí el tratado de Cherasco, que valió al reino la adquisicion de Pignerol. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica por ser la única por donde en Roma se podía adelantar camino, fué nombrado vice-legado en Aviñon, y á poco cardenal por el favor del rey, que le hizo tener al delfín en las fuentes bautismales y le llamó al consejo de regencia. Ana de Austria, que en un principio le miraba de reojo como criatura de Richelieu, no tardó en considerarle necesario á su política, ni en darle hasta su corazón; porque conocía que necesitaba apoyo contra la nobleza francesa, de que desconfiaba y que aspiraba á recuperarsu autoridad antigua. Hábil, disimulado, juntando una singular sutileza á la experiencia de los hombres y de las cosas, cedia Mazarino en presencia de los hombres y de los sucesos para volver á su tarea en circunstancias más favorables; incapaz de desaliento, creía que el talento podía preparar la fortuna, y el carácter dominarla. Así, antes de dar á uno un empleo, preguntaba: *¿Es afortunado?* su divisa era: *El tiempo es mio.* Sus cálculos eran antes que sus afectos y antipatías, y no hacía ningun caso de las injurias con tal de salir airoso; *dejémosles decir,* repetía, *con tal de que nos dejen hacer.*

Educado Mazarino en la escuela de Richelieu, se aplicó á abatir todo lo que podía oponer obstáculo á la monarquía; pero su condicion de extranjero le obligaba á sustituirla habilidad y el artificio á un vigor inflexible. Los que habían sido maltratados por Richelieu,

volvieron á la corte despues de su muerte sin otro mérito ni vínculo que la persecucion. Envanecidos de las caricias artificiosas de la reina se creyeron destinados á cambiar á la sociedad cuando no eran más que un instrumento para los pícaros, un juguete para los hábiles que los llamaban *la cábala de los importantes*. Incapaces de consumir el bien, no sabian más que ponerlo trabas, y se vanagloriaban de su poder creciente, mientras Mazarino consolidaba el suyo en el silencio, cuidando de disimularlo. Luego llegó el día en que se sintió bastante fuerte para enviar á los jefes á la cárcel ó al destierro, y para intimidar á los restantes.

Entonces gozó Francia cuatro años de prosperidad y de sosiego (1647), y empezó á saborear los frutos de la política de Richelieu, sin experimentar la opresion que de ella resultaba. Veía á su cabeza á una reina jóven y obligante con un ministro afable, una nobleza suntuosa, una literatura fecunda. La casualidad hacia que la mayor parte de los personajes de alta categoría fueran jóvenes, y en gran número las hermosuras. Pero la ilusion duró poco, Mazarino desagradaba por su acento italiano y por su parsimonia, que parecia mezquindad comparada á la suntuosidad de Richelieu, y que sin embargo, no puso remedio al desorden de la hacienda. La necesidad de corromper dentro y fuera, la habia ya arruinado bajo el reinado precedente. Ana de Austria agravó el mal en los primeros momentos, prodigando las gracias, concediendo las solicitudes más extravagantes, y toda la habilidad de Mazarino no bastaba para poner remedio. El luqués Miguel Particelli, señor d'Emery, que fué colocado á la cabeza del departamento de hacienda, decia que la buena fé se habia hecho para los mercaderes, y los superintendentes para ser maldecidos. En su consecuencia no retrocedia ante ningun expediente. Rebajaba el 15 por 100 á todo el que le pagaba por adelantado el precio de los arrendamientos, y así todos ponian á porfía sus capitales en este juego lucrativo. Sin embargo, el sueldo de los guardias y los empleados inferiores, no se pagaba sino con trabajo, y los ejércitos dejaban pasar las ocasiones más favorables.

Un reglamento de Enrique II, que prohibia edificar en los arrabales más allá de ciertos

límites, habia caído en desuso, cuando d'Emery lo puso nuevamente en vigor para hacer dinero con las multas. De aquí resultó tumulto, y lo castigó imponiendo nuevas contribuciones y aumentando los derechos de entrada. Sin embargo, el parlamento obtuvo que se dulcificaran un poco. Habiendo propuesto el rey que se crearan nuevos empleos venales, el abogado general Omer Tolon, magistrado de los más ilustres, *el más bello sentido comun de su tiempo*, que hasta entonces habia usado en el parlamento el lenguaje de la moderacion, se expresó de este modo: «Hace diez años que está arruinado el campo; sus moradores tienen que dormir sobre paja, y que ven vendidos sus muebles para el pago de impuestos excesivos. Para mantener el lujo en París, se ven reducidos millones de habitantes á comer pan de centeno y de avena, sin poder aguardar socorros de su impotencia; ¡desgraciados aquellos á quienes no quedan más que sus almas porque no pueden venderse en pública subasta! ¡Oh señora! en el secreto de vuestro corazón reflexionad en esta miseria pública; esta noche en la soledad de vuestro oratorio, considerad con cuanto dolor, con cuanta consternacion y amargura deben hallarse los empleados del reino, que pueden ver hoy confiscados todos sus bienes sin haber cometido ningun delito; añadid las calamidades de las provincias, en las cuales la esperanza de la paz, el honor de las batallas ganadas, la gloria de los países conquistados, no bastan para alimentar á los que no tienen pan, y sólo pueden contar entre los frutos ordinarios de la tierra, los mirtos, las palmas y los laureles.»

Estas eran magníficas frases. Pero ¿bastaba la voluntad de un hombre para conjurar el daño? Mazarino, con la esperanza de segregarse el parlamento de los demás tribunales supremos, eximió á sus individuos del tanto que de sus sueldos de cuatro años debia descontarse para el empréstito, al par que sometió á los demás á esto sacrificio. Pero deseoso el parlamento de hacer olvidar el abatimiento que habia sufrido poco antes, formándose una reputacion de valor, dió un *decreto de union* (1648), al tenor del cual se comprometia á juntarse al tribunal de ayudas, y al tribunal de cuentas, para no formar más que uno solo y deliberar

así sobre los negocios del Estado. Todos los enemigos del cardenal se agruparon entonces en rededor del parlamento, que celebró una asamblea en la que se puso á discusion todo lo concerniente al gobierno, y creyendo la multitud que todo el que procedia contra el poder, obraba en favor de ella, saludó con aplausos á los que creia que estaban destinados á librarla del tirano Mazarino.

Hemos referido en otro lugar de que manera se habia formado el parlamento, y hemos indicado el origen de sus pretensiones. En el tiempo de que hablamos, formaba un cuerpo numeroso distribuido en muchas cámaras, cuya competencia era distinta. La *gran cámara*, que reemplazaba al tribunal de los altos barones instituido por San Luis, se componia del presidente de la compañía, de nueve presidentes de *mortero*, así llamados por la figura de sus gorros, de veinte consejeros legos y de veinte eclesiásticos; además tenían allí asiento los príncipes de la sangre, los pares y duques del reino, el canciller ó guarda-sellos, los consejeros de estado, cuatro fiscales, el arzobispo de París y el baillio de Cluny. Esta cámara fallaba los delitos de lesa majestad, las causas de los pares de Francia, y los procesos concernientes á la universidad, á los hospicios, y los altos dignatarios de la corona.

La cámara de *indagacion* recibia las apelaciones en materia civil y correccional; estaba dividida en cinco secciones, cada una con dos presidentes y veinticinco consejeros, jóvenes la mayor parte, intrigantes y promovedores ó instrumentos de facciones por rivalidad hacia la gran cámara.

Las apelaciones de los procesos criminales se sometian á la cámara de la *torrecilla*, así llamada, porque se reunia en la pequeña torre del palacio.

Dos cámaras de indagacion, compuestas de tres presidentes y de quince consejeros cada una, conocian en primera instancia de las causas que se les pasaban por orden expresa del rey. Los procesos concernientes á los reformados, eran de competencia de la cámara *del edicto*, así denominada por haberse constituido al tenor de los edictos de pacificacion. Durante las vacaciones, es decir, en el intervalo desde el 9 de Setiembre hasta San Martin, los nego-

cios urgentes eran despachados por una cámara de *vacaciones*.

Cuando se trataba de registrar los edictos reales, ó de deliberar como cuerpo político, se reunian todas las cámaras.

Los abusos de la administracion judicial eran denunciados á puerta cerrada en un discurso llamado *mercurial*. Era pronunciado por uno de los abogados generales que, llenando el puesto del ministerio público, representaban al rey y velaban por la disciplina. Gracias á la independencia que resultaba de la venalidad de los empleos, acontecia á veces que las gentes del rey, encargadas de presentar un edicto al parlamento, eran las primeras que hacian resaltar todos sus inconvenientes, salvo concluir por la necesidad de registrarlos.

Esta formalidad del registro se habia transformado en un contrapeso legislativo. Ahora bien, ya fuese por esta circunstancia, ya porque el parlamento, impulsado á menudo por la justicia, se viese obligado á oponerse á los ministros y á los favoritos, de tribunal que era quiso convertirse en representacion nacional, y el pueblo veía en él una autoridad protectora. No obstante, si los reyes consentian en considerarlo como unos estados generales en miniatura, molestábales sobremanera que embarazara sus decretos. Independientemente de la facultad que tenía el rey de desterrar á los presidentes y á los consejeros, podia congregarse el parlamento en asamblea general para celebrar lo que se llamaba un *lit de justice*, y mostrándose allí con todo el esplendor real, ordenaba registrar el edicto rechazado, y entonces no habia lugar á protestas.

La escuela enciclopédica ha atribuido sobrada importancia á semejante resistencia, por que enemiga del clero y de la nobleza, y no conociendo al pueblo, queria hallar en el parlamento el origen y la tradicion de las franquicias á que aspiraba. El espíritu de cuerpo es siempre un espíritu de independencia, y una administracion despótica no fué posible, sino despues de la extincion de los cuerpos por la revolucion. Sin embargo; fuera erróneo deducir que el parlamento trabajaba por el interés público. El comun trae su fuerza de la conexión de los habitantes, y el señorío baronial de las tierras; pero el parlamento era una mezcla de

elementos heterogéneos sin límites determinados. Todo su poder se reducía á registrar de mejor ó peor grado los edictos reales. Así el canciller Maupeou pudo declarar que «el permiso de advertir á la autoridad no trae consigo el derecho de combatirla.» Dos veces tuvo el parlamento en su mano el poder público: una en tiempo de la Liga, otra en la época de la Fronda. Ahora bien, ¿hizo algo duradero? ¿Qué energía desplegó? Quería la resistencia sin que hubiera sedición, como si la una pudiera aislarse de la otra en medio de la efervescencia de los ánimos; imprimía el movimiento, y no decidía cosa alguna; excitaba las pasiones, y despues se lamentaba de los resultados. Dígase lo que se quiera, ninguna libertad salió de este cuerpo, y desapareció sin que lo sintiese nadie.

La oposicion, que en tiempo de la Liga se había manifestado desembozadamente entre los feudatarios, se disfrazó en esta época para obrar á la sombra de los parlamentos, que creyeron dirigirla, cuando en realidad era ella la que les impulsaba contra la regencia. Imaginaban imitar el ejemplo del parlamento de Inglaterra, y sin apercibirse de que no tenían fuerza sino por los reyes, de que no procedían sus cargos de la eleccion del pueblo, sino de una venta, y que hacía mucho tiempo que los reyes les habían encontrado siempre dóciles á sus caprichos. Los hombres que en estos cuerpos juntaban á la voluntad del bien una inteligencia elevada, se veían arrastrados por los más violentos y jóvenes consejeros de la cámara de instruccion, que promovían discordias y aspiraban á aprovecharse de ellas para elevarse ó vengarse bajo pretexto del bien público.

Este partido era excitado por Juan Pablo Gondi, coadjutor del arzobispo de París, más conocido por el nombre de cardenal de Retz. Joven, y de una ambicion ilimitada, había comenzado, como Tayllerand en nuestros dias, burlándose en sus adentros de todo; dotado de una elocuencia insinuante, la empleaba en crearse instrumentos para sus planes turbulentos y móviles. Las confesiones tan atractivas como descaradas que nos ha dejado, nos les presentan privado de moral y de religion. Enamorado de los héroes homicidas de Roma, escribió la historia de la conjuracion de Fiesco

celebrándola. Le gustaba oirse llamar el Pequeño Catilina, y para imitar al conspirador romano dejaba que asomara por su bolsillo el mango de un puñal, así como echándose la de César contraia deudas. Decía que se necesitaban ménos dotes para gobernar al universo, que para dominar á una faccion. Ahora bien, esta fué la tarea que emprendió, no con grandes miras, sino con extraordinaria fecundidad de recursos, y con extremada prontitud para hacerse cargo de lo que convenia ejecutar ó evitar.

De esta suerte vino á ser alma de una faccion, que empezó por un juego de niños y se llamó despues la Fronda, acrecentándose desmesuradamente porque se mezcló á ella la moda. Tuvo por adversarios á los *mazarinos*, es decir, á los parciales de este ministro: brujuleaban los *moderados*, aspirando á calmar los partidos. A la cabeza de los últimos, figuraban el primer presidente Molé, hombre tan incontrastable al choque de los hombres y de las ideas como el coadjutor era movable. Contra la arbitrariedad de Richelieu, ya había dado pruebas de lo que puede la palabra de un hombre de bien cuando no se doblega ante la injusticia coronada. Ahora tomó por brújula un pensamiento nacional en medio de la tormenta: protestó contra la voluntad del rey, pero obedeció; vió los agravios de la muchedumbre, pero no secundó sus ímpetus; y así como había defendido en tiempo de Richelieu la causa de los súbditos, protegió ahora la minoría del monarca, combatiendo á todo el que obraba en contra del interés público: «Hombre todo de una pieza, dice su antagonista, y que atendía ante todo al bien del Estado.»

Habiendo consultado el monarca *si el parlamento se creía con derecho á limitar la autoridad real*, el parlamento examinó la cuestion á fondo, y á pesar de las órdenes que le fueron intimadas, siguió buscando en la antigua monarquía temperamentos contra el nuevo poder.

En el momento en que el cañon anunciaba la victoria de Lens, alcanzada por el príncipe de Condé sobre el archiduque Leopoldo, el gobierno, á quien nunca deja de dar atrevimiento la prosperidad, mandó prender á los presidentes Blancmesnil y Charton, y al consejero Broussel, jefe de la oposicion. Pero furioso el

pueblo cambió en imprecaciones sus cantos de triunfo (26 de Agosto de 1648), y levantó barricadas en las calles. «Todos empuñan las armas: véase esgrimir puñales á niños de cinco ó seis años; hasta se los llevaban las madres, y en ménos de dos horas se levantaron doscientas barricadas.» El parlamento, con Mateo Molé á su cabeza, acudió á solicitar que se restituyera la libertad á los magistrados encarcelados; el pueblo, que se había apercibido de su fuerza, manifestó su menosprecio hacia madama Ana, la cual salió de París con el rey y con Mazarino. Apoyado el parlamento por los principales señores de Francia, declaró caído al ministro como enemigo del soberano. Reunieron tropas los de la Fronda, y aprontando de buena voluntad dinero, aunque se rebelaban por no darlo, juntaron más de 10.000.000. Las corporaciones tampoco les fueron en zaga.

El coadjutor, que se atribuye siempre el mejor papel en sus memorias, y desearia que se le reconociera como autor de aquella insurreccion, levantó á su costa un regimiento y estalló la guerra de la Fronda; guerra de nueva especie, toda de intrigas, con grandes nombres y efectos pequeños, escena de relajacion extremada despues de la excesiva tirantez de Richelieu. La nobleza provincial abatida por el ministro de Luis XIII, no había perdido su carácter aficionado á la guerra y á la galantería. El aumento de las comunicaciones propagaba en Francia los sentimientos revolucionarios, y la constitucion inglesa, las sediciones de Nápoles, las dos repúblicas, que el tratado de Westfalia había reconocido, inspiraban la idea de destruir la centralizacion; murmurábanse las voces de república y de monarquía espirante.

Pero se hacía ménos uso de las armas que de las palabras y de las intrigas. Los menores accidentes de la corte, los manejos, los escándalos eran divulgados; ambiciones frívolas formaban el vínculo de relaciones de partido que no duraban más tiempo que una intriga. Querían recrearse en el espectáculo de la guerra civil, en que los intereses y el capricho de cada uno hacían variar de direccion y de bandera.

Dos clases particulares caracterizaron la Fronda: las mujeres y las personas de talento. Habíase aumentado la importancia de estas últimas desde los tiempos de la Liga, en que los

escritos y los epigramas habían ejercido tanto influjo. Pero en lugar de lo grande y sólido que había en el fondo de las producciones de aquel tiempo, las de entonces no se hacían notar sino por su talento y vivacidad de imaginacion. Así como los caballeros confiaban el cuidado de su casa á la fuerza de su brazo, los literatos que no habían adoptado la librea real, esgrimían los folletos y pasquines. Buscados para justificar y hacer triunfar al partido de la Fronda, se encontraban admitidos entre los hidalgos, cuyos modales imitaban, y cuyos sentimientos adoptaban. De esta manera se estableció una nobleza de la pluma á la par de la de espada y toga. La prensa aumentaba los aplausos y las quejas en las que estallaba una extremada violencia. Los parlamentos y la corte pensaban, deliberando, en lo que diría el *Mercurio* y la *Gaceta de Francia* de Renaudot, aunque la regencia y el parlamento, que tenían á la prensa bajo su vigilancia, conociendo el poder de los folletos, los reprimiesen con rigurosos ejemplos.

El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, «acero que tenía únicamente valor por ser príncipe de la sangre,» y la duquesa de Longueville, bajo la inspiracion de la Rochefoucauld, su amante, se hicieron los jefes aparentes de la Fronda. Sobre las rodillas de esta duquesa se decidían las batallas, y también se vió poco despues á la señorita de Montpensier á la cabeza de un ejército acompañada de dos mariscales de campo. Chistosas palabras señalaban cada acontecimiento de aquella parodia de la Liga. Al duque de Beaufort, que había llegado á ser el ídolo del pueblo, se le llamaba *rey de los mercados*. Designábase con el nombre de regimiento de Corinto al del coadjutor, arzobispo tutelar de Corinto, y la primera derrota que este cuerpo sufrió se le llamó *Primera de los corintios*. Cuando se confirieron todos los poderes del rey al duque de Orleans, Catinat dijo: *Que no olvide el de curar tumores fríos con admiracion*. Cuando la duquesa de Montpensier hizo disparar la artillería contra la tropa realista, Mazarino exclamó: *Acaba de dar muerte á su marido*, alusion á la esperanza que había concebido de contraer una alianza real, tal vez hasta con Luis XIV.

Esta manía de epigramas, y esta necesidad